

REPORTAJE

EL SUEÑO CUMPLIDO DE UN GLOBERO EN EL TOUR

Óscar Gogorza,
en el kilómetro
154 de la carrera.
En la página siguiente,
vista cenital de la
última curva antes
de La Sarenne.

—
por Óscar Gogorza
fotografía de Francis Tsang



REPORTAJE

Antes de la etapa reina del pasado Tour, 16.000 aficionados —conocidos en el mundillo como globeros— tuvieron la oportunidad de emular a los profesionales en la prueba cicloturista más grande que existe. Vivimos y contamos en primera persona esta fiesta del sufrimiento.

TODO BUEN AFICIONADO al ciclismo conserva un Tour en su memoria. El mío es el de 1988, el que ganó Pedro Delgado, el primero que pude ver desde una cuneta con 16 años recién cumplidos. Aquel verano que se adivinaba sencillo acabó siendo mágico: después de ver la etapa del día en televisión, me acercaba hasta Ciclos Récord a contemplar la Orbea de Marino Lejarreta, sus colores verde, amarillo y blanco, sus preciosos frenos delta de Campagnolo. Delgado montaba una Pinarello roja, una bici extranjera, inalcanzable. Pasé horas frente a aquel escaparate, soñando que un día podría correr el Tour. Nunca ocurrió, por supuesto. La pasión por la bici quedó sepultada bajo otras pasiones y ni siquiera la llegada marciana de Miguel Indurain logró borrar el recuerdo de las horas pasadas en una curva de la subida pirenaica de Luz-Ardiden. Laudelino Cubino ganó aquella etapa; Delgado se cabreó con un aficionado que vertió agua sobre su espalda, atacó, dejó sentados a Rooks y Theunisse, a Parra, a Breukink..., a todos; Marino pasó un tanto descolgado y un amigo de mi padre se puso a correr a su lado susurrándole al oído. Regresó con lágrimas en los ojos: “Me ha dado las gracias por animarle”. Adrie van der Poel, padre del genial Mathieu, me miró a los ojos desde sus ojos perdidos en sus cuencas y me instó: “¡Push, push!”. Fue como recibir una descarga eléctrica: con mi mano derecha cubrí su cintura y empujé hasta desfallecer. Qué delgadez la suya.

Cumplidos los 50, me he reencontrado con la bicicleta. Ya no idolatro a los ciclistas, pero los respeto. Tienen una profesión terrible, los pobres. La mecánica del ciclismo puede que siga siendo la misma, es decir, destrozar al rival antes de que este lo haga, pero hoy en día la estética del ciclismo resulta mucho más sofisticada. Me llama la atención el poder de fascinación que siguen ejerciendo las bicicletas en concreto: puedo pasar horas admirándolas, igual que cuando era un niño y sabía perfectamente que solo podía aspirar a una máquina modesta y de segunda mano.

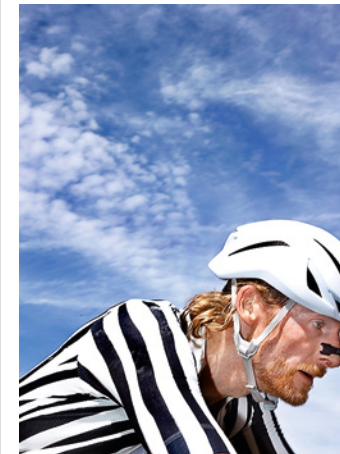
Recientemente, he vuelto a colocarme un dorsal en pruebas cicloturistas y, para mi enorme sorpresa, he recuperado sensaciones olvidadas: ¡qué sencillo placer es rodar en pelotón, agarrarse, no ceder... hasta que es inevitable! Lo malo es que cuantos más pelotones frecuentes, más deseas hacerlo... Es una ilusión tamizada, diferente de la que sentía cuando soñaba con ganar una carrera, pero el sentimiento es agradable, casi reconfortante. Como regresar a casa. Y así he acabado participando en L'Étape du Tour, o lo que es lo mismo, la fiesta de los globeros. Para aquel que no sepa lo que es un globero, se puede decir que se trata de un aficionado al ciclismo que aspira a parecer profesional, que se viste como si fuese Pogačar y que gasta grandes cantidades de dinero en bicis que no le hacen mejor, aunque lo parezca. Yo soy un globero, para que quede claro. El término no es despectivo, incluso se ha convertido en un calificativo cariñoso. De hecho, en la escala de los méritos ciclistas, todo aquel que no corre entre los profesionales es un simple globero, aunque esté muy fuerte y humille a sus compañeros en las salidas dominicales.

L'Étape du Tour es un invento de la organización: en 1993, durante la etapa de descanso del 20 de julio, estrenó la que ahora se considera la prueba cicloturista más grande que existe. Aquel año partieron 1.705 personas y ganó un tal Christophe Rinero, quien cinco años después finalizaría cuarto en el Tour y rey de la montaña. Desde entonces, el Tour escoge cada año una de sus etapas de referencia y ofrece a los aficionados la posibilidad de medirse al recorrido... y compararse con los profesionales.

La edición de 2026 de L'Étape du Tour ha sido, a decir de los organizadores, la más dura de la historia, una réplica de la etapa 20 que ganó Richard Carapaz tras 170 kilómetros, 5.400 metros de desnivel y el paso por la Croix de Fer, Télégraphe, Galibier y llegada a Alpe d'Huez por el Col de Sarenne. Este año, 16.000 ciclistas tomaron la salida, en oleadas de 1.000, con la carretera cerrada al tráfico y la misma señalización que saluda el paso de los profesionales: inicio de puerto, final, flechas amarillas, distancia a meta y algún mensaje motivacional que no hace gracia. Los primeros



Arriba, dos participantes detenidos en la cima del Galibier, considerado el punto más elevado (2.642 metros) de esta edición del Tour. A la izquierda, retratos de dos corredores durante la etapa, y abajo, uno de los globeros trata de reponer fuerzas tras afrontar la extenuante subida a La Sarenne.



arrancaron a las 6.30 y los últimos dos horas después. Al empezar a pedalear, tenía 10.000 personas por delante y 6.000 persiguiéndome: no rodé en solitario ni un solo metro. Lo curioso es que poco importa estar rodeado por cientos de personas: en bici uno siempre se siente solo cuando llega la hora de sufrir. Mientras escalamos los primeros kilómetros de la Croix de Fer, adelanto a varios mientras otros me adelantan y llega un momento irreal en el que ya no sé si avanzo o retrocedo. Es una sensación extraña. Algo parecido a estar en una rueda del hámster, corriendo para no llegar a ninguna parte. Y en la Croix de Fer, 24 kilómetros de subida, uno puede llegar a convencerse de que nunca dejará de subir, de que la vida se ha reducido hasta su mínima expresión: pedalear, beber, chupar un gel y seguir ladera arriba.

Todo aquel que no monta en bici me pregunta por qué hago estas cosas. Por qué estas palizas. Para qué tanto sudar y sufrir. Por más vueltas que he podido darle, no acierto a articular una respuesta satisfactoria. Pero tengo sospechas fundadas. Para corroborarlas, charlo con el investigador y entrenador Sebastian Sitko, cuya clientela está compuesta en un 80% por ciclistas profesionales o que aspiran a serlo y, el resto, por globeros. Hablamos de estos últimos y su diagnóstico es demoleedor: “Yo creo que es el deseo de pertenecer a un grupo y es generalizado tanto en la bici como en el *trail* o en el monte. La gente no desea tanto una experiencia sino que los demás sepan que ha tenido una experiencia, y si vas a mostrarle al mundo lo que has hecho, has de ir bien equipado. Los cicloturistas que me piden que los entrene son, en general, personas muy autoexigentes, bastante metódicas y dispuestas a sacrificar muchas cosas para poder dedicarle tiempo a entrenarse y cuidarse. Puedo decir que soy el responsable de muchos divorcios. Dos de cada tres quieren preparar una marcha cicloturista (casi siempre la Quebrantahuesos) para mejorar su marca”. ¿Frustrados? “Soy bastante crudo en mis declaraciones, pero yo diría que hay mucho frustrado. Si vas a una línea de salida de una Quebrantahuesos y ves el ambiente que hay y cómo se toma la gente todo y la cantidad de tiempo y dinero que es capaz de gastar

para hacer un determinado tiempo, no lo creerías. Los hay que se obsesionan con ser mejores. Mucha gente traslada sus frustraciones vitales al deporte, y en este caso a la bici”, concluye Sitko.

La media de edad de L'Étape du Tour es de 42 años, y apenas un 7% son mujeres. Resulta llamativa la obsesión que tenemos los globeros con tener la mejor bicicleta posible, cuando la mayoría de los profesionales apenas conceden importancia a su herramienta y solo piden que no falle. También resulta preocupante la necesidad de tener una vida similar a la de los ciclistas que admiramos, sin reparar en que la suya es monótona e insulsa hasta la saciedad: pesar toda la comida cada día, salir a rodar, regresar destrozado, invertir horas en tratar de recuperarse, dormir en una cámara de hipoxia, concentrarse en altura lejos de todos y de todo... Pero, para ser un poco como ellos, muchos disponen de entrenador, masajista, fisioterapeuta, nutricionista, biomecánico e incluso *coach* técnico para mejorar la habilidad sobre la bici. Confieso que pagué a un nutricionista para comer mejor y quitarme unas lorzcas. Más allá no iré.

Sebastian Sitko tiene una lista de espera de cuatro a cinco años, y eso que no se muerde la lengua: “Intento hacer pedagogía ante mis clientes, explicar que el retorno no es proporcional: conforme más te emplees y más nivel ganes, por el mismo tiempo y dinero empleado, tu retorno va a ser cada vez menor. Cada cual tiene que buscar un punto de equilibrio para no desatender pareja e hijos, trabajo, etcétera. Los profesionales tenemos que hacer pedagogía para que la gente no acabe como acaba”, defiende.

La llegada al alto del Galibier es algo parecido a asomarse a un balcón tallado para disfrutar de las montañas en su sencilla belleza. Mientras todos corren a avituallarse, me paro a admirar la Barre des Écrins, la Meije y el glaciar de l'Homme, que se funde tristemente mientras jugamos a ser ciclistas. Entonces, a mi derecha escucho a otro participante que habla solo decir que se quedaría ahí, que no le hace falta llegar a meta. El hombre se pregunta por qué se ha impuesto semejante castigo. Le responde Sitko: “La gente, no sé por qué extraña razón, siempre tira hacia lo más largo posible..., es como si a nadie le valiese con hacer una cicloturista de dos horas y media, tiene que ser de seis o siete horas. Para que el sujeto pueda rendir ha de invertir muchas horas y es difícil de encajar en una jornada laboral de



40 horas..., pero la gente se apaña quitando tiempo de otros lados que son fundamentales en la vida. Y esto es absurdo: siendo una persona de la calle no puedes preparar bien estas pruebas porque el volumen de entrenamiento precisa de muchas horas de reposo que no tienes porque has de trabajar. Extrañamente a la gente le gusta arrastrarse durante 12 horas, como si tuvieran que demostrar algo a alguien”.

No me engaño: sé que no he entrenado lo suficiente, porque me conformo con rodar un poco cada vez que puedo. Así que solo espero no sufrir demasiado, que no lleguen los tremendos calambres, no llegar a odiar el gesto de dar pedales. Para los que no aspiramos a hacer un gran tiempo, L'Étape du Tour regala estampas del pasado, como aquellas de los pioneros asaltando bares como bandoleros, marchándose sin pagar. No tenemos coches de equipo, ni auxiliares en las cunetas abasteciéndonos de agua y geles, así que nos hacíamos en cada punto de avituallamiento buscando rellenar los bidones, recuperar fuerzas comiendo, calculando el tiempo perdido al principio, pasando de todo al final.

De arriba abajo, una corredora agradece el agua en el avituallamiento del puerto del Télégraphe; la carrera al paso por la localidad de Vaujany, antes de comenzar el puerto de la Croix de Fer, y las medallas de los participantes.

Lo que ha empezado con una leve intención de llegar a meta lo antes posible, acaba con un único deseo: llegar como sea, cuando sea. Veo a muchos tirados en las ascensiones, unos echando la siesta a la sombra, otros caminando y empujando su bici. En el Col de Sarenne, última ascensión, desfilamos casi en fila india: el pelotón ya no es una sólida cuerda trenzada por miles de cuerpos, sino un

hilo que amenaza ruina. Como cada uno de nosotros. El silencio resulta sobrecogedor: nadie habla, nadie anima, cada cual centrado en su sufrimiento, en su egoísmo. De pronto, uno se cae y se levanta ante la indiferencia del resto. Al pasar a su lado le pregunto si está bien, y responde ofendido que no se ha caído por agotamiento sino por despiste. En fin. No hay espectadores, cada uno acaba siendo testigo de sí mismo. Para lo bueno y para lo malo.

Durante las horas de pedaleo subiendo y bajando estos puertos tan cargados de historia, me pregunto qué ha hecho que me reenganche de nuevo al pedaleo, tantos años después. No es solo que todo resulte más cómodo, desde la badana del *culotte* hasta el sillín, pasando por la postura sobre la bici, su peso, su aerodinámica, sus cubiertas más anchas, la ropa y las posibilidades de saltar del asfalto al gravel y de ahí a la bici de montaña e incluso a una eléctrica. Pedalear grandes distancias siempre es duro, un gesto del pasado, pero puede llegar a ser al mismo tiempo tan divertido que el viaje, lleve donde lleve, siempre merece la pena. —EPS

OTRO PARTICIPANTE QUE HABLA SOLO DICE
QUE SE QUEDARÍA AHÍ. SE PREGUNTA POR QUÉ
SE HA IMPUESTO SEMEJANTE CASTIGO